





DIARIO DE UN ALUCINADO



Pablo Molina Borchert

DIARIO DE
UN ALUCINADO



Primera edición: noviembre 2019
© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Pablo Molina Borchert
ISBN: 978-84-17961-96-1
ISBN digital: 978-84-17961-97-8
Depósito legal: M-34579-2019

Editorial Adarve
c/ Marcenado 14
28002 Madrid
info@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com
Impreso en España

*La melancolía y la tristeza son ya el comienzo de la duda;
la duda es el comienzo de la desesperación;
la desesperación es el comienzo cruel
de los diferentes grados de maldad.*

CONDE DE LAUTRÉAMONT



Exordio

Por razón de mi profesión, que ahora no viene al caso, tuve hace algún tiempo contacto con una persona que, al fallecer, dejó como única herencia una carpeta llena de papeles. Nadie los ha reclamado, ni sé de nadie que pudiera hacerlo.

Me tomé la molestia de leerlos, y contienen una serie de historias o reflexiones alucinadas, que creo puedan tener algún interés, y que no deben quedar sin ser expuestas. Me he permitido, sin alterar una sola coma ni añadir o quitar nada, pasar a limpio su contenido. El orden con el que estos papeles se presentan es el mismo en el que yo los recibí, y las palabras sin corregir o enmendar, tal y como fueron escritas, y así, unos y otras, deben quedar. Y así y todo ello yo lo doy a las prensas, y que se me juzgue a mí por esto y al autor por su obra.



Índice

Exordio	9
Diario de un alucinado	13
Raza Olfato	35
Sentado en el parque.....	39
Sigue el diario.....	41



Diario de un alucinado

23 de marzo

¿No se ha dado cuenta nadie de que los ojos de este niño están inundados por las lágrimas?, ¿nadie ha reparado en que, confundido, se niega a pedir auxilio, culpándose a sí mismo de su melancolía? ¿Por qué no le ayudáis, si para vosotros no es todavía una persona?, ¿nadie se da cuenta, o es que esto es así, un juego de locos?

No es todavía un joven y ya busca huir de su vida. Le gustaría poder estar solo cerca del mar, bajo un sol implacable y sobre una tierra árida, abrasándose con tal de sentir algo; otras veces piensa en hacerse marino para encontrar una interminable misión a bordo de un submarino que debiera navegar por años sumergido. Es un ser desconectado del resto, y no sabe si su caso es raro o si es el de todos sus semejantes. Siente su cabeza como una bola maciza que vibra continuamente; salvo su mente, el resto de su cuerpo se le hace ajeno, aunque se mira al espejo con cariño, percibiéndose como el reflejo de un

alma buena que ha venido al mundo por culpa de algún error que no puede explicarse.

Me parece que son años ya lo que llevo aquí sin moverme.

Cuando todo deja de tener sentido, empiezas por notar tus pies como de cemento; se te hacen terriblemente pesados y caminas cada vez más despacio, arrastrándote. Lo siguiente es la transformación de los sonidos del exterior que, mezclándose, terminan por aparecer como un zumbido grave y perpetuo. No llega a herirnos, y casi lo has olvidado cuando, más adelante, también las imágenes que captan nuestros ojos se nos hacen ajenas, como cuando vemos una película en el cine. El resto de los sentidos apenas los notamos, hace tiempo que dejaron de existir. Tras el aislamiento y el olvido de las leyes físicas, nuestro cuerpo cae en la inacción absoluta, y solo ruegas a Dios que el resto de la gente advierta tu estado y haga algo para mantenerte vivo.

Creo que por aquel tiempo me había cansado de estar solo.

Hoy estoy fuera de mí.

No tengo fuerzas ni interés en relacionarme con todos vosotros.

Tú hubieras podido cambiar todo esto: por ti habría disimulado, podría haber interpretado largos años, quizá toda la vida, y casi sinceramente, una comedia en la que yo apareciera en el papel de hombre bueno, leal, y tú, creída de lo mío, habrías sido una amante feliz. Así podría haber sido hasta el final. Nunca sabré si descubriste

por un error mío la puesta en escena, o si pudiste ver dentro de mí.

Llevo a cuestas un libro gigantesco y pesadísimo con todas sus hojas en blanco; pienso, en el fondo de mi cerebro, que conmigo viajan algunas respuestas a la locura que nos es común a todos, y quiero ir escribiendo todo por lo que estoy pasando para que algún día os pueda servir de ayuda. Este es todo mi compromiso con mis semejantes, en esto al menos sigo un poco nuestra naturaleza. Quiero llenar algunas páginas, nada más, no voy a hacerlo yo todo. O puede que no esté dando nada gratis, que busque de vosotros alguna respuesta.

Tú tienes el alma abierta, así que prepárate para que te queme vivo lo que en ella entre. No sé si envidia o desprecio a quienes saben ponerle un tapón. No sé si eso es vivir a medias o es la única forma de vivir. Prepárate para ser traicionado cuando ayudes a alguien, y disponte a disimular con aquel en el que atisbes un asomo de inteligencia si no quieres ver surgir de él la ira que solo tú pareces saber que es el final de todas las cosas.

Comienzas respirando muy lentamente, con pequeños movimientos, buscando parar todo tu cuerpo; así notas cómo el aire dentro del cuerpo es el mismo que el de fuera. Entonces ya te has hecho más ligero, y puedes verte desde el exterior sin que te importe para nada esa materia que aprecias ya como algo distinto de tu propio ser; entonces te elevas, y, si no piensas en nada desagradable, puedes aguantar mucho tiempo desconectado. Podéis ya hacer conmigo lo que consideréis oportuno: medicarme,

lavarme, sondarme, hablarme, cualquier cosa, a mí me da lo mismo.

La vida para mí terminó siendo una sucesión de idioteces. La vida social, el trabajo, la desgracia, la alegría; todo falso. Esto creo yo que lo percibimos todos, pero la mayoría elige participar; pura pose. Dejarse llevar hasta la muerte parece a todos lo más cómodo. Yo, por mi parte, elegí no entrar en el juego, y no descubrí nada que me pareciera real, con sentido, con relación con nuestra existencia, o, por mejor, decir con el sentido de nuestra existencia. Siempre he creído que el hombre está en el mundo para descubrir cómo y para qué es consciente de que ocupa un lugar en algo que puede llamarse mundo, no para vivir mejor o peor. Nadie parece entender esto, y yo solo no quiero tratar de averiguarlo; tampoco tendría sentido ser el único en saberlo. Entonces pensé que todos somos iguales, pero todos han elegido ir viviendo, y así, yo, decidí no hacer nada, no ir más allá, pararme.

Descubro hoy que en parte estoy vivo. Me enfado a veces, aunque nadie lo note. Algunas cosas me producen malestar, asco, náuseas; lo noto en mi cuerpo y esto es lo que me ha abierto los ojos. Alguien en la habitación pide la merienda, o pronuncia palabras como «esperanza», «alternativa», «resignación»... y siento un asco infinito.

Será que no me he parado a pensar, que nunca lo he tenido en cuenta, pero también podría haber preguntado, no digo ya pedir ayuda, al menos haber preguntado si era lo normal, si era lo de todos o de la mayoría. Pero no

lo hice, y ahora ya no tiene ningún sentido y todo se ha complicado, seguro, ahora, más de la cuenta.

¿A quién podría haber preguntado? Tampoco he tenido nadie demasiado a mano, tampoco hubiera sido nada fácil concretar, centrar el asunto, sintetizar el problema, y, para el caso de haberlo sabido hacer, la respuesta habría estado entonces dada, y no habrían servido para nada ni el esfuerzo ni la exposición. Así que mejor no insistir con esto y seguir con lo de siempre, un día detrás del otro, con todo auestas: nada por hacer, todo por escribir.

Podría, sin mayor dificultad, salir a la calle y catalogar sin margen de error a cada persona que se cruzara en mi camino: esta, decadente desde joven; aquella, buscando siempre a quién hacerle la vida imposible para evitar caer en la cuenta de su propia idiotez; otro, que pasa con cara de haber renunciado a todo siendo un niño. Si me quedara parado un rato irían pasando todos y cada uno de los tipos conocidos; luego empezarían a repetirse...

Me siento en una silla y se me hace diminuta, de casa de muñecas. No puedo acomodarme, miro a mi alrededor y todos se encuentran cómodos en sus sillas; son muy pequeños, yo soy gigante, pero la cosa va más allá y no se limita a una cuestión de tamaño, y es que sus razonamientos casan con su tamaño y son intelectualmente infantiles, no merecen ni ser rebatidos.

Debo entonces ser superior a todos, pero trato de recomponerme porque esta situación no me gusta y en el fondo la creo peligrosa. No reparéis en mí, por esto ni por nada; hinchao. Son minutos lo que dura esta extraña

sensación de superioridad que en ningún caso se me hace agradable.

Ponte ahora a llorar, trata de recordar un buen consejo de tu padre, siempre pasado, una palabra cariñosa, un abrazo, una mirada. Qué lento es todo esto, por dios. Aquí la ley no es la calle, ni el tiempo, error de los que lo ven desde fuera; aquí la ley es la cordura, mucho más lejana. Aquí todo funciona de forma muy diferente: yo voy por un lado o no voy a ningún sitio, y mi cuerpo, autómata, va por otro.

Me he afeitado, aseado, vestido, he ido al desayuno, y no recuerdo nada. No sé qué sentido tiene todo esto; yo debería estar a tus pies, pidiéndote perdón, arrastrándome por el suelo o, si tú lo prefirieras, tan lejos de ti como fuera posible, extranjero, paria y mudo. No debo de todas formas quejarme, pero no estoy seguro de que se haya entendido por quien debiera el resultado de todo esto; una especie de máquina separadora que muy perfectamente me pone a mí de un lado y carne y huesos de otro.

Aquella iglesia que construyeron cuando yo era niño hoy tiene ya el canalón de cobre algo oxidado; no recuerdo a mi padre siendo joven, siempre le vi muy mayor y ya hace algunos años que murió. Mi madre todavía vive. El que fue mi colegio sigue abierto, pero no están ya, creo, mis profesores. De niño tuve algunos amigos que dejaron pronto de serlo, ya no sé nada de ninguno de ellos; luego unos se fueron y otros se apartaron de mí. La ciudad acababa de repente en mi calle: de un lado el asfalto y los solares y de otro los campos cultivados. Ahora ya no



existen estos campos, y en su lugar hay ahora más asfalto y más solares. La ciudad sigue terminando de repente, pero un poco más allá. Quizá en este nuevo límite haya un niño que mire primero a su espalda y luego a su frente, tratando de entender la razón de que ambos mundos sean en todo tan diferentes y no se mezclen en absoluto.

Algunos vecinos murieron, otros se marcharon y dejaron llegar otros nuevos. Las mismas paredes oyen ahora gritos donde antes olían miedo. Se han ido tragedias y han vuelto nuevas y vanas esperanzas. Aquel garaje donde encerraban sus coches los más afortunados es ahora un supermercado. Aquel sucio arroyo ya no existe.

Estas cosas y nada más son la vida de un hombre.



Entrar en el mar y sentir el sabor de la sal en la boca. Sentarme al sol un mes de febrero muy al sur. Un viaje sin parar de mil kilómetros por carretera. Una travesía con días y noches sin ver otra cosa que el mar por todos lados con el salitre pegado a la cara. Un día nublado en una ciudad donde nadie te conoce y pasar horas sentado en un banco. Una noche de agosto con luna llena en medio de la nada, con un río seco aquí y algún que otro árbol por allá. El sudor que corre por la cara en una jornada de trabajo en una carretera perdida. Una noche de brisa marina en la torreta de un submarino que navega sin luces. Un camino polvoriento que no conduce a ninguna parte. Un periódico del año pasado. Un campo de trigo ya segado en ninguna parte. Una peña encima de una loma y un pueblo a lo lejos.



No tengo ya fuerzas para recuperar algunas de estas cosas, no tengo ganas de comunicarme con nadie; no in-

tento, ni siquiera, abandonar la rutina diaria. No encuentro ahora nada aquí que pueda animarme, ni tampoco voy a pensar en cómo buscarlo. Así que me dejo llevar un día detrás del otro y así va pasando el tiempo.

Hubo un tiempo en que no dudé en esforzarme: me compensaba un pañuelo alrededor de tu cuello, tu camisa blanca. En algún momento en el que solo estabas a mi lado, pero sin hablar, pensé en intentar ser medianamente feliz. La tranquilidad que sentía a veces no era más que la soledad sin interferencias de nadie, pero no me importaba que estuvieras a mi lado, incluso me gustaba. Yo pensaba que entendías mi razón, ¿lo ves? a esto me refiero, esto es lo que busco, así es como me gusta estar, así entiendo yo mi vida. ¡Ves como no me equivocaba! Pero, antes o después, me demostrabas que no habías entendido nada, que aquellos ratos se te hacían eternos, que durante mis largos silencios empezabas a verme extraño. Entonces todo se deformaba: tu pañuelo una cuerda de esparto, tu camisa un sayal, tu voz un chirrido y tu cara una mueca. Enseguida se me pasaba, al principio; luego todo se fue envenenando.

Hubo un tiempo en que me esforcé por vivir más a tu manera: te sentabas sobre mis piernas, me hablabas alegre, y yo te contestaba aparentemente animado.

En tierra la ley es la supervivencia, en el mar la ley es la muerte dentro del propio mar; aquí la ley es la misma que en el mar.

Los marineros creen, confundidos, que la tormenta busca su barco, pero es el barco el que busca la tormenta,



y al barco lo guía el marinero. El timonel se engaña a sí mismo cuando trata de evitar la tormenta: sabe que antes o después se ha de topar con ella. Cuando el timonel se topa con la tormenta busca salir de ella, pero en realidad dirige el barco hacia su centro. Antes o después cometerá un error que no es tal, antes o después aproará su nave hacia el desastre, y lo hará porque lo que busca es la pelea con el mar, y sabe que en esta pelea nunca se vence. Perder es seguro, y solo encontrará la tranquilidad cuando, tras caer al agua, las olas rompan sobre su cabeza para sumergirlo. Entonces peleará de verdad por su vida, entonces tratará al mar de tú a tú; pero entonces suele ser demasiado tarde.



Si el marino no se ahoga, si la tormenta se calma antes de voltear su barco, el marino vuelve a casa vivo, pero con mala conciencia. No puede dormir, se agita, quiere cuanto antes volver a su barco. Pero no es valentía, tampoco temeridad; la lucha contra su conciencia es una lucha perdida. Quiere estar al timón de nuevo, y esta vez buscará con más ahínco la tormenta, el escollo, reventar la máquina y quedar a la deriva en medio del océano.



El marino sabe que, de nuevo en el agua, no volverá a traicionar al mar defendiéndose de las olas. Esta vez, la próxima vez, se dejará morir sin dar tanta guerra, sin desafiar al mar. Vencer al mar es para el marino la mayor de las traiciones, y querrá hacerse perdonar al precio de su vida. El marinero cumple con la ley del mar, y sabe que ese es su contrato. El marinero es un suicida y lo sabe desde el principio y lo entiende y lo acepta. El con-



trato con el mar es morir dentro del mar: el acuerdo no consiste en una lucha más o menos desigual, en salir del encuentro con las costillas rotas y la ropa hecha jirones, no. Se trata de obtener el permiso del mar para subirse a su lomo; cabalgar el mar es el mayor de los privilegios, y el precio es sabido por todos, y no pagarlo es la mayor de todas las cobardías, y el hombre de mar es cualquier cosa menos un cobarde. Quien no lo entienda no ha vivido, quien lo ha rechazado por miedo no es un hombre, es cualquier cosa, pero no un hombre. El hombre es por fuerza un suicida o no es un hombre.

Yo acepté el trato, pero soy un monstruo y de nada me ha servido. Subí a sus hombros, cumplí mi parte y pagué mi precio; aparentemente fui uno más de sus hombres, pero lo hice sin mojarme un pelo de la cabeza.

Un cinismo monstruoso sería evidente si alguien supiera mirarme. No buscaba el placer de la travesía, sino llegar cuanto antes al desenlace; busco la respuesta en los momentos más bestiales, en mi mano herida y en tu cuerpo exangüe.

Puedes acabar hecho pedazos o puedes simplemente caer en la absoluta inacción. El camino de un hombre debe conducir al mayor de los desastres: morir aquí es como morir en la cama, pura cobardía. La esperanza no es más que un invento, ¿qué se debe esperar?, ¿debemos confiar en una feliz ancianidad? Eso no es sino un martirio disfrazado; aquí no estamos para ser felices, sino para reventar: no hay nada que esperar, solo hay que cumplir con la parte de cada uno, y esta parte consiste en huir de

la infancia buscando la propia destrucción. No somos animales, de ninguna manera, entendemos la vida como una huida de la inocencia, un desafío a la propia vida que despreciamos por encima de todo. La explosión final debe ser inmensa... fuego y sangre.

La vida es algo tan insensato que por fuerza debe consistir en rebelarse contra ella. Maltrato mi cuerpo, me opongo a cualquier comodidad, a todo lo que parezca fácil, a todo lo que se tiene aparentemente por razonable; me paro a cada momento y pienso, compruebo si hay algún cambio, si algo tiene otro sentido, pero todo sigue siendo igual de absurdo. Odio lo previsible, reconozco de inmediato a los que, como yo, lo han entendido: son muchos, y no paran de buscar la forma de pegar una patada tras otra a lo que se encuentran por delante, sea lo que sea, bueno, malo o regular, lo rechazan físicamente.

Huyen de la salud, del amor y de la paz, se queman, odian, golpean todo y siempre. Estos deberían ser los míos, pero por cobardía me aparté de ellos. Me he rebelado contra mi vida, pero en la tuya, el cinismo es tan evidente que ahora ya no puedo ni moverme. No pronuncio una palabra; como y, cuando puedo, duermo. Ahora es la vida la que me gobierna y lo hará por siempre, esa es mi condena.

Un día, en el coche, te dije que ya olía el mar; estábamos aún lejos, pero yo lo olía, y tú te alegraste porque también lo estabas presintiendo. Estuvimos juntos en una playa vacía y nos bañamos con el agua, tan fría como esperábamos y tiritábamos y nos reíamos, luego fuimos a

un pueblo vacío donde no encontrábamos un sitio para cenar. Al día siguiente nos sentamos de nuevo en la playa y fumamos y bebimos. Una vez tomamos juntos un avión, otro día un barco, otro un tren.

Una vez estuvimos lejos de tu casa y de la mía y no nos acordábamos de que habría que volver; entonces no nos importaba el camino a tomar, y yo entonces me tumbaba y soñaba con todo lo mejor para ti y no quería dormirme. Estaba muy a gusto.

La sensación era muy distinta: allí un árbol grande, no lejos de una playa que es inmensa. El mar está movido, el mar está tranquilo, vamos al puerto, quiero ver los barcos de pesca, quiero ver la descarga del pescado, este sitio me gusta mucho. ¡Soy yo el que te habla! En la ciudad, sin embargo, todo es diferente; camino por las calles y los edificios no existen, todo parece irreal, todo se desvanece, te hablo y noto un evidente retardo entre mi mente y una voz saliendo por mi boca, te digo cosas sin importancia y sin valor alguno. Tú lo terminas notando.

Podríamos dar un paseo en barco. «Vale, démoslo, quizá me maree, pero no me importa». Notaba hasta el sol en mi cara, «te vas a quemar». «Puede, pero no me importa, noto realmente el sol y eso es lo importante. Yo soy de aquí —pensaba—, realmente lo que pasa es que soy de aquí y en otro sitio soy como un extraño incluso para mí mismo».

Tumbado al sol, sintiendo el mar, respiro despacio: el aire que viene del mar se mete dentro de mis pulmones y sube hasta mi cabeza, que se vuelve más ligera, menos



densa. Ahora el aire atraviesa ya directamente todo mi cuerpo, sin necesidad de respirar, se mete por todas partes y soy mucho más ligero, creo que voy a desintegrarme, voy a salir volando en millones de partículas. Es evidente que pertenezco a este aire, a este mar, a esta arena.

Quiero estar contigo a bordo de un barco en una travesía interminable, que dure toda la vida; no tocaríamos otra costa que no fuera esta, da igual el tiempo que estemos en alta mar, podemos estar lejos, pero no veremos otra costa que no sea esta misma. No hay prisa, podemos estar meses o años en alta mar, esta costa nos seguirá esperando, y podremos volver a ella para descansar cuando queramos, poniendo su rumbo. Hay que llevar cuidado de no acercarnos a ninguna otra, hay que poner atención para no cruzarnos con ningún otro barco, tenemos que estar nosotros solos en el mar, y, cuando nos cansemos, volver aquí para, de nuevo, partir cuando el mar nos llame. Travesías interminables, sin rumbo, cuanto más lejos de la costa mejor, no te preocupes, ya me encargo yo de todo. Esos eran mis sueños.



Un hombre con la conciencia tranquila es una fuerza de la naturaleza, es capaz de cualquier cosa, pasa por la vida sin detenerse a nada, sin pensar en nada fuera de lo inmediato. Un hombre corriente un día se levanta de la cama y quiere conquistar el mundo, grande o pequeño; es un hombre grande con la conciencia tranquila o un hombre pequeño con la misma conciencia y ninguno lo consigue, pero tampoco se paran a pensar en si merece la pena. Es algo así como seguir sin más la naturaleza.

Llega un día en que revienta y ya no hay más que pensar; si solo está a punto de reventar, entonces decide que su vida ha sido algo excepcional, un caso de absoluta mala suerte, se siente un desgraciado y cree que lo ha sido siempre sin reparar en que hasta ayer fue feliz. No tiene pudor en transmitir su desgracia a quienes tiene cerca, que fingen comprender lo que es imposible de comprender: él está en un mundo y el resto en otro, viviendo sin más. Un día se muere y se olvida todo el asunto.

Otros, desde muy temprano, han sabido ver el fondo de todo esto. No sé muy bien la razón de este conocimiento, no sé qué tipo de inteligencia gobierna este descubrimiento, pero lo cierto es que, algunas veces, alguien se para a pensar y decide no continuar un camino a ninguna parte. Entonces hay que elegir: puede uno apartarse y conscientemente despeñarse, dejarse morir... pero esa no fue mi elección. Yo he optado por el más grande de los cinismos; yo me pongo a tu lado, camino junto a ti, y encuentro placer observándote mientras vives naturalmente, relativamente feliz.

Yo respondo más o menos a tus preguntas, te miro si me miras, puedo acariciarte, tengo una increíble capacidad para adaptarme a tu vacía existencia, para que no se note que estoy en un mundo muy distinto al tuyo, pero solo estoy disimulando. El miedo a que os deis cuenta de que soy diferente me ha movido todo este tiempo. El cinismo es monstruoso: voy a tu lado y desprecio todo lo que me rodea, tú incluida.

Todo esto no podía tener un final distinto. De un lado el poco valor de una vida como la tuya; de otro mi remordimiento, mi mala conciencia.

Era fácil, de cualquier manera, pasar desapercibido. Una persona medianamente inteligente conoce el verdadero significado de algunas frases hechas, ideas comunes, de unas manos que se levantan en el aire de esta o de aquella manera, una cabeza que asiente o niega, una risa de aprobación... y con todo esto se va defendiendo; detrás se esconde un ser simple y acobardado las más de las veces, otras, las menos, un alucinado que es siempre un homicida.

Tus esperanzas eran bien reales, estaban siempre muy definidas, pero a mí siempre me resultaban pueriles; las mías eran bien distintas, conseguir pasar un día más, no tropezar con nadie conocido, seguir a lo mío, permanecer abstraído...

Pero todo ello es difícil en esta ciudad o en cualquier otra en las que todo el mundo ha decidido, no queda otro remedio, vivir al mismo aire, presumir las mismas preocupaciones y secretamente odiar, pero seguir, al fin, viviendo.

Yo podría haber sido uno más, si no albergara odio hacia nadie, si no conociera el rencor, y en el fondo de mis pensamientos te quería, anhelaba fortísimamente cambiar todo aquello, sin hacerte daño, pero buscar de una forma definitiva cambiar toda mi vida y la tuya. No encontraba ni adivinaba el nuevo rumbo que debíamos tomar, pero, desde luego, sí entendía que forzosamente



ello significaría soledad, quietud, espacios abiertos, y con ello yo hubiera tenido la cabeza clara y mis ideas más ordenadas; pero todo esto nunca supe cómo explicártelo. En esto tengo mi mayor culpa.

Yo siempre había pensado en cambiar de vida, y ello significaba alejarnos de todo tu mundo, cambiar tus planes, fijar alguna meta, dejar de dar vueltas en torno a tu familia, a la mía, olvidar lo inane de nuestras vidas y probar a costa de lo que fuera la realidad de las cosas.

Alguna vez te sentí gigantesca, de un tamaño descomunal: tus manos, tus pies, todo tu cuerpo me parecía mucho mayor que el mío. Te acostabas a mi lado como si fueras un ser inmenso, un animal distinto.

24 de marzo

Esto es la idea de una fiera que ha parido mil fieras, de un animal, de una bestia que cree que ha dejado de serlo; marcó el corazón de los que aquí se encuentran, pero también marca al fuego el corazón de los que están fuera, de los que no pasan un día de su vida sin temer que la situación dé un vuelco, por la razón que sea, y se encuentren de repente con que no son sino uno más de nosotros.

La fiera ha conseguido marcar el corazón de toda la humanidad con la sombra de su alma, el miedo, pero la bestia no conoce el corazón de todos los hombres, y de ahí nace su miedo. La bestia intuye que el miedo nos es común a todos; se equivoca, pero acierta, sin saberlo,



y extender el terror es la mejor manera de desactivar al hombre que no es como ella.

La bestia ha triunfado, el miedo lleva al hombre a crear la apariencia de reglas fijas a las que atenernos, pero sojuzgar al hombre necesita del terror, y el terror puro no existe sino en el caos, por eso las reglas son tan solo aparentes.

Un día estás en tu casa y al día siguiente, sin saber cómo, me acompañas; el caos marca al fuego el miedo en el corazón del hombre, así se convierte forzosamente en un hipócrita que se deja llevar por la corriente mientras, en el fondo de su corazón, odia todo y a todos; la bestia ha triunfado.

El hombre solo buscaba liberarse, vivir naturalmente, dar su corazón a quien quisiera recogerlo, adivinar pausadamente las razones de su existencia, hablar llanamente, enseñar su alma, verse, en fin, como parte de la naturaleza, y no tener miedo a nada, ni a su propia muerte. Sabía entonces, en lo más hondo de su corazón, que nunca y de ninguna manera abandonaría el mundo al que había llegado y del que ya jamás se separaría; pero un hombre tuvo miedo y nació la bestia, el mal existe y estaba en su corazón, y consideró lo mejor repartirlo. El miedo se reprodujo en los corazones de todos los hombres que olvidaron el mundo al que pertenecían, y así dejaron de ser animales.

La bestia nos sujeta a todos con el terror.

Yo he visto algunas personas con el corazón limpio, se nota en sus ojos, en su forma de moverse, en sus ade-



manes y en su mirada. Esas personas conocen la verdad de todo esto, pero saben vencer al miedo. Son muy pocas, no he visto en toda mi vida más allá de tres o cuatro, pero la supe reconocer al instante. Su forma de hablar es muy distinta a la del resto, no tienen miedo a conectar su corazón con el del resto de los hombres, les mueve la alegría o la pena, les mueve su corazón, no su miedo, y saben lo distintos que son de todos los demás, pero nos perdonan. No les subleva nuestra reserva ni incluso nuestro cinismo, creo que en realidad les conmueven. Creo que aquí se morirían pronto.

Podemos llegar distintos, pero todos salimos iguales: con la marca del miedo, además de en el corazón, en la frente, eso y haber comprobado lo cierto de todo esto, es lo que nos diferencia de vosotros. Podemos llegar muy jóvenes o muy viejos, resabiados o imprudentes, pero todos hemos llegado con el miedo en el corazón y la mentira como única herramienta, y así nos tememos unos a otros y entre todos mantenemos viva a la bestia.

Todo esto es miedo y nada más, llámese como se llame. La conciencia es miedo, la educación, la prudencia... pero yo no he sabido liberarme de todo, sino, con una reacción bestial, fuera de toda medida.

Lo prudente es que ofrezcamos una imagen deformada de nosotros mismos, por cansado que esto sea. Todo lo que mostramos ha pasado por filtros que hemos creado cada uno de nosotros, pero idénticos todos y que ofrecen siempre lo mismo. Es extraño que no explotemos todos un día, cansados de tanto disimulo, de tanta

afectación o simpleza siempre aparentes. ¿Cómo hemos llegado a esto? Ha debido ser algo complicadísimo, y es sin duda original, por contrario, a nuestra naturaleza. Hay quien intuye el problema, pero no acierta a dirigirse a su centro; todo lo más que consigue es dar vueltas y vueltas. Yo he pensado si no sería más conveniente echarlo todo por tierra y empezar de nuevo, pero siempre, invariablemente cuando desemboco en esta conclusión, me invade el pánico absoluto, y ahora sé la razón de mi miedo.

He entendido que cualquiera que haya alcanzado a ver la verdad de todo esto lo ha hecho en brazos de la claridad que proporciona el mal químicamente puro y un odio sin medida; sus soluciones son, siempre, la destrucción absoluta de todo lo que le rodea. Por eso pienso que, cuando pienso en estas cosas, me asomo al abismo más profundo de mi naturaleza.

¿Cómo podemos empezar de nuevo sin partir de cero?, cuando mentimos por primera vez, ¿podremos volver, de alguna manera, al punto de partida sin destruirnos? Estas, creo, son las preguntas fundamentales.

Mi inacción es, ahora, tan solo aparente, y os habéis dado cuenta; puedo ser un vegetal, puedo ser malvado, puedo ser aparentemente bueno, y todas estas cosas os tranquilizan. En acciones absolutamente perversas encontraríais tranquilidad: si traiciono vuestra confianza lo encontraréis absolutamente natural, si no existo tampoco os crearé ningún problema. Todo vuelve a su ser si, con cualquiera de estas cosas, cumplo con lo que esperáis de mí, malo o bueno, da lo mismo, pero lo que no podéis

sufrir es que me pare a pensar, que ponga el freno, que no quiera seguir vuestro camino. Me empujáis para que siga. Si permanezco dando vueltas me miráis complacidos porque estoy loco, pero no debo parar y enseñaros la verdad de las cosas, esto es lo que os causa un pánico absoluto. No quiero ir con vosotros a ninguna parte, yo ya he parado, he terminado con todo esto. Ahora puedo veros a todos con cierta distancia y todos os mostráis idénticos; vuestras diferencias son solo aparentes, buenos, malos, enajenados, todos vais en el mismo barco.

25 de marzo

Mi conciencia, con todo, se mantiene erguida, pero no es así la de todos vosotros; tú, detrás de tu fingida gravedad, escondes un alma miserable. Has formado una familia y con ella quieres que siga el engaño que fundaron tus ancestros, innumerables, quieres ocupar más espacio que el resto, no te tratas con nadie y a nadie consideras tu igual, pero te falta tiempo para abrir la boca si necesitas de alguien.

Sigues obteniendo el desprecio de todos los que te rodean y no parece importarte, generas un asqueroso vapor que impregna todo lo tuyo, muestras mil caras, las que sean necesarias, pero yo veo lo que tienes dentro.

Tú, reniegas ahora de la asquerosa repisa donde te apoyaste para saltar por la ventana de tu miserable vida; no quieres recordar nada de aquello, dejaste atrás todas tus trampas, y ahora eres una persona nueva, pero fuiste

un fraude y lo serás por siempre. Tu familia no sabe nada, o lo disimula y ahora, cuando pensabas en llevar el timón de una existencia segura y ordenada, tus hijos nacen llevando la marca de tu pasado en la cara, y no pueden sino odiar y destruir todo lo que se cruza en su camino. Te maravillas de tu mala suerte, pero ignoras, de verdad lo ignoras, que nadie puede deshacerse del lastre que ha decidido cargar. Has elegido mal y nada puedes hacer.

Desprenderse de la carga que les has obligado a llevar les costaría a tus hijos media vida si fueran capaces de entender la razón de su desgracia; de todas formas, lo más seguro es que, cuando comprendan lo que pasa, sea ya demasiado tarde para ellos. El odio hará de ellos apestados, su ley será la ruindad completa. Tu decisión se extenderá sobre tus descendientes por generaciones. Tú, en tu asumida maldad químicamente pura, puedes mirar a los demás a los ojos, pero tus hijos no pueden porque no entienden nada de lo que les pasa.

Tú, necesitas para vivir ver la angustia en el corazón de todos los que te rodean. Esto suele terminar cualquier día en los titulares de los periódicos. Tu alma se alimenta de una angustia muy bien destilada que solo se consigue agarrándose a las entrañas del prójimo para que no pueda jamás ponerse derecho. No rehúyes el esfuerzo más pesado con tal de no soltar a tu presa. Visto desde cierta distancia, causas un pavor total y absoluto; eres lo peor de entre todos los hombres.

Por ti siento algo más de respeto. Has comprendido lo inhumano de la existencia y has decidido, sin hacer



ruido, terminar con la raza humana, borrando en los demás cualquier resto de ilusión, mostrándonos el infinito aburrimiento y ofreciéndonos la más absoluta inacción como remedio.

En cualquiera de vosotros puedo ver la verdad de vuestras almas.

Considero falso cualquier sentimiento de rebeldía; nadie con el corazón puro puede poner manos a la obra para acabar con todo este asqueroso teatro. Solo me conmueve la tristeza.